



Tiempos de pandemia

Tiempos de pandemia

Editor: Clinton Ramírez C.

Colección Humanidades y artes
Serie: Literatura y estudios literarios

Tiempos de pandemia / Universidad del Magdalena, Comp – Primera edición – Santa Marta: Editorial Unimagdalena, 2020

134 páginas. – (Humanidades y artes. Literatura y estudios literarios)

ISBN 978-958-746-326-2 -- ISBN 978-958-746-268-5 (pdf) -- 978-958-746-269-2 (epub)

1. Narración de cuentos. 2. Cuentos colombianos – pandemia. I. Ramírez C. Edit. Literario, Clinton. II. Acosta Acosta, Martiniano. III. Avila Meriño, Hernando; Reyes Carreño, Jorge Luis. IV. Salas, Ana. V. Hernández Palma, Tatiana Lucía. VI. Blanco Buitrago, Yenny Rocío. VII. Verbel Acendra, Johnny. VIII. Benavides Rivas, Leiner Enrique. IX. Cárdenas Bolaño, Nelson Horacio. X. Canchila Geney, María Camila. XI. Pérez Meriño, Hugo Carlos. XII. Guerra Osuna, José Antonio. XIII. Gámez Rodríguez, Javier Enrique. XIV. Pérez Ruiz, Mara Daniela. XV. Martes Castro, Lina. XVI. Castro Cabarcas, Stephanie. XVII. Gélvez Pinzón, Richard Mauricio. XVIII. Viloria Escobar, Javier. XIX. Universidad del Magdalena Colombia Compilador. XX. Figueroa, Isabela

Co863

CDD 23

Primera edición, noviembre de 2020

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena

Carrera 32 No. 22 - 08

Edificio Mar Caribe, pimer piso

(57 - 5) 4381000 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

editorial@unimagdalena.edu.co

<https://editorial.unimagdalena.edu.co>

Colección Humanidades y artes, serie: Literatura y estudios literarios

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Ernesto Amarú Galvis Lista

Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diagramación: Luis Felipe Márquez Lora

Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro

Corrección de estilo: Hernando García Bustos

Santa Marta, Colombia, 2020

ISBN: 978-958-746-326-2 (impreso)

ISBN: 978-958-746-268-5 (pdf)

ISBN: 978-958-746-269-2 (epub)

DOI: 10.21676/9789587463262

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

Contenido

LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE LA PANDEMIA Y EL AISLAMIENTO.....	11
Pablo Vera Salazar	

CUENTOS PREMIADOS

EN MAYO FLORECEN LOS JAZMINES.....	19
Martiniano Acosta Acosta	

TINTO DE UN DÍA PARA OTRO.....	25
Hernando Ávila	

EL TRAPO ROJO	29
Jorge Reyes	

VEINTE MINUTOS	35
Ana Salas	

CUENTOS FINALISTAS

MEMORIAS GRISES.....	43
Tatiana Hernández	

LA SOLEDAD ES MALA CONSEJERA.....	49
Yenny Blanco	
EL ABUELO.....	53
Johnny Verbel A.	
PUNTO DE QUIEBRE.....	57
Leiner Benavides	
MANUSCRITO ENCONTRADO EN UN COMPUTADOR.....	63
Nelson Cárdenas	
EL VIRUS.....	69
María Camila Canchila	
DÍAS DE PANDEMIA	73
Isabela Figueroa	
UNA CRÓNICA EN TIEMPO DE COVID-19	79
Hugo C. Pérez	
¿LE TOMASTE LA PRUEBA?.....	85
José Antonio Guerra Osuna	
AY, PAPI, TÚ SABES.....	91
Javier Gámez	
CUATRO PAREDES VIEJAS.....	97
Mara Daniela Pérez Ruiz	

ADIÓS A LA CALMA DE LA CUARENTENA... 101
Lina Martes

EI ASILAMIENTO DE LA VIAJERA..... 107
Stephanie Castro

CUARENTENA EN TIERRAS GADITANAS.... 113
Richard Gélvez

**ME JODE SABER QUE NO SOY SUFICIENTE
PARA ELLA 119**
Javier Viloría

ACTA DEL JURADO 123

ANEXO ÚNICO 125

AUTORES GANADORES Y FINALISTAS..... 127

LA UNIVERSIDAD EN TIEMPOS DE LA PANDEMIA Y EL AISLAMIENTO

La Universidad le apuesta a la cultura. Es un compromiso consustancial al quehacer de formar y generar conocimiento.

Las expresiones de la cultura son indispensables al hombre, hacedor y fabulador por naturaleza, más en tiempos de crisis, de amenaza de la especie, como sucede con la pandemia que azota al mundo por cuenta de la Covid-19, que nos obliga a cambiar nuestros hábitos de vida, y a la universidad en particular, a asumir formas alternativas de enseñanza y formación sin afectar la calidad y el bienestar de sus estudiantes.

Esta pandemia, sin duda, modificará la geografía espiritual del mundo, la manera de mirarnos unos a otros y de vernos nosotros mismos. Muchos de sus efectos están incubándose mientras los gobiernos, las instituciones de salud y la ciencia unen esfuerzos para atajar la pandemia y desarrollar en el menor tiempo una vacuna que ponga a raya a la Covid-19. En la misma Universidad del Magdalena, en la región y en Sana Marta, esos cambios en el comportamiento y en nuestras relaciones con familiares, amigos y la sociedad

empiezan a expresarse con nitidez. Quisimos por ello, atentos a dichos cambios, convocar a los estamentos de la comunidad universitaria para que, a través de un concurso de cuentos cortos, expresáramos cómo vivimos el confinamiento en el afán de atajar los estragos de la enfermedad.

El elevado número de participantes, más de doscientos, y la calidad de los relatos premiados y finalistas demuestran que la convocatoria fue un acierto en su concepción, en la medida en que ofreció a la comunidad universitaria un espacio real en el que pudiese expresar sus angustias, incertidumbres, miedos, esperanzas y desafíos en la coyuntura de aislamiento decretada por las autoridades del país. La convocatoria ratifica también la audiencia que el cuento mantiene en la región y, afortunadamente, en la institución, que se las ingenia para mantener espacios vivos de creación y encuentro al alcance de sus practicantes.

Como prometimos en las bases de la convocatoria del concurso “La vida en tiempos de Covid-19”, los textos ganadores y finalistas han sido recogidos y publicados en un volumen, el que ustedes tienen en sus manos. Un volumen, además, ilustrado por destacados pintores del departamento y de Santa Marta.

Esperamos que los textos de este volumen, además de aportar momentos de placer a los lectores, de evidenciar el estado del género cuento en la institución y la región, sea en el futuro inmediato fuente de consulta para historiadores, antropólogos, educadores,

psicólogos e interesados en estudiar los efectos de la pandemia y el aislamiento en Santa Marta y en nuestro departamento.

A los participantes, a los ganadores, a los organizadores del concurso y al jurado les extiendo mis más sinceros agradecimientos por la mística puesta en la concreción de este proyecto.

Pablo Vera Salazar
Rector

CUENTOS PREMIADOS



Ilustración: Iveth Rocío Noriega

EN MAYO FLORECEN LOS JAZMINES

Martiniano Acosta Acosta

A Álvaro, mi vecino

No había fin de semana ni día festivo en que no escucháramos los boleros suaves, la salsa de ritmo desenfrenado, las baladas de los años setenta y una que otra vez, por descuido, una champeta, desde la terraza de nuestro vecino, logrando que la música nos hiciera olvidar el tedio de los domingos y el infierno del calor.

—Hasta la música es amor, es salud, nos decía mientras bailaba sus sesenta y cinco años.

Tampoco hay que olvidar al vecino con su cabello estucado, con su caminar rápido y con una sonrisa permanente que parecía decir: “Buenos días, vecino”. Se levantaba antes que el sol, a barrer la terraza y a recoger las hojas que el árbol de olivo le dejaba a montones por las noches.

Tenía costumbres inseparables. Pasaba las horas arreglando objetos eléctricos, leyendo o escuchando música sentado en la mecedora desde un rincón de la terraza. El perro, a su lado, dormitaba, haciéndole

compañía. Por las mañanas, nos invitaba a ejercitar las piernas haciendo una corta caminata junto con todos los amigos de la cuadra; luego disfrutábamos de la mañana y, al tiempo, saboreábamos un pocillo de café tinto para aumentar o recobrar energías. Nos encantaba ver y escuchar, a varios metros de nuestros hogares, la agitación de la gente y el pitar enloquecido de carros y motos por toda la avenida que señalaban el carnaval de la vida.

Hasta que un día un “sicario” coronado de maldad, llamado Covid-19, apareció disparando sus dardos letales y se tragó el bullicio de toda la avenida, apagó la música de la terraza; en general, aplastó el progreso de las ciudades y, contrario a todo lo que sucedía, nos dimos cuenta de que el esplendor del planeta florecía, por lo menos, como un girasol gigante.

Los lazos de amistad y la comunicación se rompieron como copa de cristal entre nosotros. Asomarse, a través de los ventanales, era sentir más soledad. Veíamos la terraza del vecino forrada de un silencio mortificante, e igual ocurría con las nuestras. Las cosas parecían haber perdido movilidad o, más bien, se hallaban envueltas en una pesadez que nadie entendía. Ni el perro del vecino asomaba su hocico rosado, pensábamos que tal vez había sido confinado en el patio trasero. Sin embargo, percibíamos que desde la copa de los árboles de la cuadra una cantidad de pájaros extendían sus cantos por toda la calle, sirvién-

donos de alimento espiritual en medio del aislamiento. Los jazmines, los arbustos, el césped, los veíamos devorados por una languidez de agua, lo que producía ausencia de olor y de blancura.

Sentíamos el poder arrasador del virus, incluso creíamos que era hasta peligroso pensarlo. El contagio provenía de hablar, de tocar, de saludar o de abrazar a alguien o estar cerca de él. Por tanto, afuera, imperaba el caos en la ciudad, en el país, en el planeta debido a las distintas noticias, falsas o verdaderas, que circulaban sobre el coronavirus.

Sin embargo, a pesar de las semanas parsimoniosas y repetitivas, supimos que el día más anhelado llegó a través de gritos y de bocinas, pero lo que más nos animó a entender la libertad fue escuchar la música de nuestro vecino.

A partir de entonces alcanzamos a sentir, en el fondo de nuestros corazones, que gracias a la resiliencia de ahora en adelante ya no seríamos los mismos. Vendrían innovaciones, cambios en el ser humano, porque ya nada sería igual.

Insistimos en que fue la música la siembra de un nuevo aliento, aliento de libertad, sobre todo, cuando escuchamos la canción “La vida es un carnaval”, de Celia Cruz, que salía a todo volumen de la casa del vecino.

Nuestros corazones palpitaron acelerados oyendo aquella voz femenina, clara y potente:

*Ay, no hay que llorar
Que la vida es un carnaval y es más bello vivir cantando
Oh oh oh ay no hay que llorar
Que la vida es un carnaval y las penas se van cantando...*

4 de mayo de 2020
Santa Marta, cerca del mar



Ilustración: Ángel Almendrales

TINTO DE UN DÍA PARA OTRO

Hernando Ávila

Y qué tal que todo esto sea un estado de coma.

Que en verdad afuera no existe tal cosa, y todo esté sucediendo en tu cabeza. Así es, que en verdad, en algún punto de tu existencia algo en ti se detuvo, y ese tal *Covid-19* es una marca de condones o un Reality reciclado de algún programa chino.

Lo anterior puede significar, o que moriste, o que entraste en estado de coma, y para no dejarte morir tu cerebro organizó todo esto que está sucediendo en respuesta para mantener tu mente en pie.

La rutina es la misma desde que empezó todo: escuchar que el profesor puso un taller o una exposición de un día para otro por la clase virtual en *Unimagdalena* a las 6 a.m. Ir a preparar un tinto. Escuchar a mamá gritar desde su cuarto: “Ve que apagas la luz de la sala, bajas la llave del gas de la cocina, y cierras la pluma del lavadero antes de acostarte”. Todo suena tan real, como siempre, pero ¿y si no?

Quizás, solo quizás, todos están afuera esperándote. Quizás, solo quizás, pasó por un accidente, o alguna tontería, como ahogarse al dormir boca abajo

con la cabeza sembrada en la apnea; o por algo inesperado, tú te detuviste y entraste en tu propia matrix. O quizá ya no eres ni estás, y ya todos están en modo *resiliencia* mientras tu cuarentena solo se prorrogará, se prorrogará y se prorrogará.

¡No fue el virus, carajo! Fue el insomnio Kamasutra buscando posiciones hasta inhumarte en la almohada y exhumarte en esta película viva, en la que se recrean todos tus conocimientos en política, economía, sociología, filosofía, psicología. Por eso, todo parece tan real, lógico, evidente, como si tuvieras razón y no te sorprendiera la faceta ruin de las personas más notables en la sociedad como líderes.

En ese orden, puede que exista una historia tan bien hilvanada con tu realidad que no logras distinguir qué fue real y qué es ficción en tu estado de coma, pero debes encontrar ese punto antes de que sea demasiado tarde, pues toda historia debe llegar a su final, y esta es la única que sostiene a flote tu conciencia hoy reducida mientras *crea* una última oportunidad.

Ahora tu existencia pende de dos preguntas:

¿Cuál fue ese punto en el que la comodidad de la realidad te soltó de sus brazos para dejarte caer en esta ilusión?, pero más importante [...] ¿bajaste la llave del gas antes de salir de la cocina?...



Ilustración: Wilmer Martínez Manotas

EL TRAPO ROJO

Jorge Reyes

Llegaste a la ciudad sin transeúntes. El mimo no te simula, el indigente no te pide y la meretriz no se te ofrece. Los músicos no tocan y no hay quién te retrate. Es más verde de lo que piensas. Gruesas raíces levantan aceras, la maleza crece por los intersticios del concreto y el trino de las aves se te antoja anormalmente claro. Casi humano. Quizá se ríen de ti.

Abres uno de tus bolsillos y sacas un papel arrugado. No lees. Ya memorizaste su contenido. Igual se siente bien en tus manos. Lo vuelves a guardar.

Contienes el aliento. Evitas inhalar o exhalar más de lo necesario. Evitas tocar cualquier cosa. Atraviesas un *mall* y los maniqués proyectan largas sombras sobre la exhibición polvorienta, otrora atiborrada de cosas que ya no necesitas. Recorres la decrepita plaza de los artistas cuyo eco melodioso reverbera de forma atemporal y fantasmal. Te distraes frente al monumento de un prócer cuyas glorias ya no son relevantes.

Sientes pasos y tu instinto es impulsarte en largas zancadas hasta el quiosco más próximo y ocultarte. Observas hombres que marchan en trajes blancos,

botas cómicamente grandes y máscaras mucho más herméticas que la tuya. Van armados. Refuerzan el toque de queda y una máquina los sigue. Expele una nube magenta que marca su recorrido desinfectando por donde pasa. Esperas que la nube se disipe. Ahora es seguro salir.

Tienes sed. El hambre puede aguardar, pero no la sed. Sacas tu contenedor y recoges agua de la fuente. Una gota azul y dos blancas y ya es seguro para consumir. Tienes cuidado de introducir la pajita por el conducto de tu máscara. Las maravillas de la innovación que nos deja dos años de pandemia. Pero debes avanzar. No puedes parar. Y ahora la noche te envuelve. Te acurrucas cerca a unas bancas y cierras los ojos.

Sueñas esto. Rojo cadmio y ocre. Agregas blanco titanio para ajustar el valor. Sumerges tu pincel en aceite de linaza. Observas detenidamente la fotografía de referencia. En ella hay una cuadrícula que encierra a un hombre de edad que lleva una carretilla y en esta hay frutos rojos. Pero no buscas precisión. Buscas expresión. Tu padre, pintor empírico, te dice que un lienzo pierde su propósito si no logra evocar un sentimiento. Eres mucho más joven. Ya vas a terminar tu cuadro y no hay odio, ni amor, ni melancolía, ni alegría, ni nostalgia y tampoco desesperación. Quiebras los pinceles y viertes el medio. Tomas un trapo y descargas tu frustración. Deformas la imagen. El trapo se hace rojo sangre y vuela por la ventana. Miras hacia afuera y descubres que las ventanas de tu barrio son

adornadas por trapos rojos. Esperan la ayuda de sus gobernantes, la bendición de sus sacerdotes y las cámaras de los medios. Una niña corre y recoge el trapo. Te lo devuelve y decides amarrarlo a tu ventana.

Despiertas por las voces y luces de linternas. Unos jóvenes corren hacia ti. Tratas de correr, pero son muchos. Pides que se vayan. Te gritan improperios y que regreses a tu país. Forcejeas y recibes algunos golpes. Esquivas un puñetazo y contraatacas. Es el momento de huir.

Llegas a una zona residencial. Familias que simulan vidas en sus celdas de concreto. Volteas la esquina tambaleándote y miras hacia arriba. Aún no amanece. Te filtras entre las sombras. Ya falta poco. Reconoces el coro de *People Get Ready* de *The Impressions* sonando a lo lejos en una casa. Debes recordarlo. Esa canción la escuchaba tu padre una y otra vez. La línea *Hay esperanza para todos, entre los más amados* siempre te pareció ajena. Pero ahora te parece que Curtis Mayfield la compuso especialmente para ti. Una auténtica oda a la resiliencia.

Ves una mujer delante de ti desplomarse en la penumbra. Te aproximas a ella, aún excitado por la refriega. Tose sobre ti y pide agua. Le compartes lo último que te queda. Sabes que no le queda mucho tiempo. Esperas su desenlace con calma.

Descubres que ya no tienes tu máscara. Ahora ríes sin control. Te levantas del suelo y caminas hacia el camposanto, hacia el punto donde reposa tu madre.

Caes en el cúmulo de tierra y pronuncias las palabras en el papel. *Siembra lo que esperas recoger y crea tu propio camino a recorrer.*

Llegaste a la ciudad donde no puedes amar. Donde tus familiares no te abrazan, los médicos son amenazados y tu existencia misma depende de cables y pantallas. Bailas solo y no hay teatros. No es tan malo como crees. Bellos atardeceres se fusionan con el océano, liberaron a los delfines y los perros ladran al unísono. Seguro que ahora se ríen de ti.



Ilustración: Enrique Moreno

VEINTE MINUTOS

Ana Salas

Lunes 4 de mayo.

Este escrito empieza a la 1:30 p.m. y termina a la 1:50 p.m.

Acabamos de almorzar pollo, con papas fritas y agua. Ya no hacemos jugo porque mi familia es diabética, y empezamos a considerar que tomar agua no está tan mal después de todo. Durante el almuerzo no vimos el noticiero, porque estamos cansadxs¹ de las noticias abrumadoras sobre el coronavirus, cansadxs de ese ejercicio mediático en el que nos dicen que nos tomemos las cosas con calma, que el Covid-19 no es sinónimo de muerte, pero la realidad es que la forma como presentan las noticias crea pánico. Entonces, la tele estaba apagada, el calor era tremendo, y mi abuelo le dice a mi mamá que prenda el abanico, ella lo hace. Mi abue no puede caminar porque los cartílagos de las rodillas ya perdieron la “grasita”, como los vecinos y él le llaman. Cuando empezó el confinamiento estuvimos a la espera de lo que sucediera con su caso, pues

1. Entiéndase la “x” como indicador de hombres y mujeres.

en mayo lo operarían. Mi abuelo ha estado deprimido, ha llorado, se ha caído, se ha frustrado, nos ha insultado, se siente mal. Un día estaba llorando en su cama, tan fuerte que lo escuchamos y corrimos hacia él, le dije que estábamos acá, dispuestas a ayudarlo. Se calmó un poco. Pero en esta cuarentena, ve que cada vez que se acerca el último día de esta el presidente alarga el confinamiento dos semanas más.

Resulta que hoy me sorprendió algo mientras comíamos, después de que Nidia (mi mamá) encendiera el abanico. Estábamos sentadxs, sonó el teléfono de mi abuelo, mi mamá se lo pasó, él contestó [...] Era mi tío que llamaba desde España, está en ese país porque se ganó una beca gracias a las alianzas de la UniMagdalena en el exterior. Se saludan, empiezan a hablar de lo común en una conversación. Mi mamá y yo seguimos almorzando. Ella se levanta, pone el plato en la cocina, se dirige hacia la nevera, toma un vaso que está encima y se sirve agua, de paso le sirve otro poco de agua a mi abuelo porque él debe tomar su pastilla para el azúcar. Luego Nidia se va a la habitación sin mayor preámbulo. Mi abuelo y yo quedamos en la mesa del comedor, yo estoy casi terminado mi almuerzo, pero él sigue hablando por teléfono y como lo llamaron cuando apenas iba a empezar a comer, la comida está casi entera [...] El agua se está calentando. Antes de colgar, mi abuelo dice “sí, es mejor que me operen después, uno no sabe quién está contagiado”. Yo le miré y noté su cara de tristeza, desánimo y des-

esperanza. Estaba resignado, sabía que era lo mejor para él, pero significaba seguir con el sufrimiento de no poder caminar, de no valerse por sí mismo. Cuelga y agacha la cabeza. En mí, un vacío profundo crece y una tristeza enorme me arropa, no suelo mostrar muchas emociones en mi hogar, así que recojo el plato y voy a la cocina a lavarlos. Pero lo sucedido siempre en mi cabeza pensamientos tristes, soy consciente de todo el tiempo que mi abuelo ha esperado para la cirugía. Mientras todo esto pasó el abanico siguió girando como si no sucediera nada, pues es inerte, no puede sentir el dolor reflejado en los ojos de mi abuelo, en sus facciones, en su piel de anciano estirada por el recorrer de los años, las experiencias de lo vivido y lo desperdiciado.

Empiezo a lavar la loza. Veo que mi abuelo rueda el plato hacia adelante en señal de que terminó, lo sé porque es lo que hace siempre cuando ya no comerá más. Así que suspiro y camino mirando hacia el piso, tomo su plato y me dirijo a lavarlo. Mientras lo hago él se levanta con dificultad, toma su caminador, da pasos lentos y se sienta en una mecedora de color rojo con negro; desde que empezó el problema con sus piernas para caminar ha sido su silla favorita, ahí pasa las tardes. Ahí ve pasar su vida [...] y aunque sé que está mal, también sé lo resiliente que es porque lo he visto luchar antes.

Termino de lavar, me seco las manos, salgo de la cocina y voy a la habitación donde está mi mamá.

Pregunto la hora, es la 1:50 p.m. Ella está acostada en la cama tomando su receso, el que acostumbra tomar en su trabajo, pero la realidad es que, con el confinamiento y las distracciones del celular, más el calor que está haciendo estos últimos días, su descanso que debería acabar a las 2:00 p.m. suele extenderse. Yo me acuesto a su lado y la abrazo, estamos juntas, el amor es mutuo y nuestra pereza es abismal.

Nos quedamos dormidas [...]

**CUENTOS
FINALISTAS**



Ilustración: Jaime Pomares Bravo

MEMORIAS GRISES

Tatiana Hernández

Siempre caminaba por senderos iguales. A veces el color gris del enlosado se confundía con el de sus pensamientos. No había semáforos, pasos peatonales o señalizaciones en aquella pequeña ciudad. Se escuchaban a lo lejos los motores de algunos autos que deambulaban sin sentido, pero sus bocinas estaban silenciadas. Su madre le preguntaba cada hora si algún día saldría de aquel lugar, mientras decidida continuaba la siembra de las mismas hortalizas. Hace un mes se escucharon en su ciudad rumores de una extraña enfermedad llamada Covid-19, desde entonces todo parecía más solo que de costumbre, incluso aquella terraza donde los vecinos se reunían a jugar cartas una y otra vez, y donde él pasaba las tardes sin saber si apreciaba o no la misma ronda. Ellos nunca supieron cuándo todo se hizo tan silencioso; sin embargo, no sintieron miedo. Cada día, aun con las mismas escenas, todo era algo nuevo.

De vez en cuando recorría otras calles, a veces para buscar algo necesario, otras sin saber por qué. Desde las ventanas vecinas varios lo miraban con asom-

bro, mientras él, atónito, se preguntaba: ¿qué clase de moda tan peculiar les cubre a todos sus narices y bocas? La innovación de estos tiempos es extraña, se decía. Cuando regresaba a casa, su madre lo asaltaba con la misma pregunta: ¿Podré salir en algún momento, hijo?, para lo cual él siempre tenía la misma respuesta, tienes que estar en casa, madre, hay algo de lo que debo protegerte aunque no recuerde exactamente qué.

Como era habitual, su médico de cabecera los visitaba cada quince días, y en esta ocasión lucía como salido de una película de ciencia ficción, con un traje que a duras penas le dejaba ver el rostro. Algunos segundos después de sonar el timbre una mujer de avanzada edad abrió la puerta, y dejando escapar una expresión de asombro la cerró de golpe. Llamó a su hijo asustada y este al reconocer la voz del especialista que se anunciaba detrás la volvió abrir con una notable vergüenza en el rostro. El galeno entre risas hizo los exámenes de rutina mientras les preguntaba cómo llevaban su cuarentena. A lo que él mismo se respondió que seguramente muy bien, pues los notaba tan tranquilos como de costumbre. Entre tanto les explicó que eran momentos difíciles para la sociedad, pero que la resiliencia que nos caracterizaba como colombianos nos haría más fuertes. Acto seguido les recordó todos los cuidados que debían mantener; y frente a esto, ambos familiares lo miraron atento, escribieron algunas notas en su cuaderno y asintieron con una sonrisa.

Los días pasaban siguiendo una rutina sin nombre, a veces leían el mismo periódico, se reían de los mismos chistes y revisaban con frecuencia la huerta que tanto los llenaba de orgullo. A menudo él paseaba por aquellos senderos grises y con menos frecuencia por las calles vecinas llenas de color. Cada vez que hacía su recorrido de abastecimiento saludaba a unos pocos extraños que lo miraban desde sus casas, acostumbrado ya al silencio que crea un ambiente de distancias. Su madre, no muy diferente, buscaba excusas para no permanecer sentada e intentaba disimular su poca ocupación con ese curso de jardinería del diario regional cuya primera clase se repetía una y otra vez.

El día quince del mes llegó tan rápido como los otros, se repitió la misma escena cómica de la puerta y al entrar, el médico procedió sin vacilaciones con todos los exámenes. Las recomendaciones se dieron de forma habitual. La cuarentena continuaba y quizás ellos nunca lo notaron. Quizá tampoco necesitaron hacerlo, en su pequeño mundo ya lo tenían todo, se tenían a ellos y a aquella huerta hecha con paciencia. Mientras caminaba hacia la salida y sin ser escuchado, el médico lanzó una expresión diferente, mencionando: ¡Ojalá algún día lo recuerden todo!



Ilustración: Yahirton Betin

LA SOLEDAD ES MALA CONSEJERA

Yenny Blanco

La soledad es mala consejera: es verdad. La otra vez la escuché decirme que me subiera a la azotea de la casa y que iniciara un recorrido por los tejados y mirara por todas las ventanas de los vecinos; me habló de lo que iba a encontrar: el estudiante de la #Unimagdalena mirando hacia el techo con la pregunta que se hace todos los días, y que su madre también repite:

—¿Y cuándo vuelven las clases de verdad?

Por las rejas de la ventana me dijo que hallaría a la señora de la casa cinco arrodillada rezando sin rosario, porque se lo escondió su hijo por no darle dinero. También me contó que si paso a la otra cuadra, con mucho cuidado con las tejas, voy a encontrar al joven de cuarenta años que siembra mariguana, pero que no la vende; pues puede ser la cura al Covid-19.

No niego que la curiosidad invadía mi mente, y yo me repetía que todo eso podría ser solo chisme y que ya el estar sola en medio de libros y aparatos electrónicos me estaba afectando. Es más, me decía a mí misma que la soledad no hablaba y que cuando escuchaba la voz susurrando que entraba como un frío por lo oí-

dos, era la invención de mi cerebro; no obstante, hasta yo no me creía el cuento, porque de vez en cuando le pedía que si de verdad ella estaba ahí, conmigo, me dijera cómo estaba vestida. Una vez me respondió, diciendo en tono burlesco que siempre va vestida de rosado. Un tinte de innovación a mis conversaciones con la soledad, ahora su voz tenía color: la soledad es rosada.

Me levanto todas las mañanas, me siento en la cama; y desde que me enteré del color rosado de la soledad, reviso desde allí alguna sombra extraña que se parezca a ella. Cuando nuevamente su voz se siente, vuelve y juega con mis pensamientos; ella sabe cómo me gustan las historias y que mientras ella me habla yo imagino cada paso que debo dar para llegar a donde ella me aconseja. Ella crea en mí un temor lleno de satisfacción, pues cada vez que me cuenta de alguien, disfruto de ese momento; ayer me dijo que al lado hay una bebé, y es cierto, yo la he escuchado llorar; los papás no le han puesto nombre, porque estar en la cuarentena les ha dañado la imaginación. El gato que le regalaron al señor Fabio, lo han envenado [...] Ve, me decía la soledad, nadie te puede detener.

He decidido seguir el consejo de esa dama rosada e invisible; voy a salir por los tejados y voy a mirar por las ventanas de cada uno; me robaré todas las historias y las contaré al oído; iré vestida de rosado, en últimas es mi color favorito; tendré cuidado, para que nadie me vea; solo haré que me escuchen.



Ilustración: JHON QUINTERO

EL ABUELO

Johnny Verbel A.

Me indicaron que debían aislarme por motivos sanitarios, según ellos; por atribuciones de un virus al que llaman Covid-19 y que crea una muerte súbita en ancianos como yo.

Lo que no pensaron es que estoy en esa fase de aislamiento hace mucho tiempo, o ¿creen que ha sido fácil pasar las tardes a merced del azar, escurriendo los días en esta terraza solitaria, sentado en una mecedora que escasamente tendrá un par de años más que yo?

Aquí veo llegar las noches sin ninguna compañía a quien pueda contarle la siembra de mis cultivos que cada año generaban una gran cosecha; ellos simplemente se han convertido en seres inertes, envueltos en una innovación vacía que los mantiene día a día hipnotizados delante de una pantalla.

Y así despierto cada mañana, con un cáncer en el alma que me deja la perfidia de la vida, y que me enseña que para ser humano se requiere tener una dosis de anestesia guardada en la gaveta.

Pero, a pesar de eso, aquí estaré, haciéndole antesala a la muerte, como aquel que comete un crimen y se sienta expectante a esperar su condena.



Ilustración: Gilma Carreño Rangel

PUNTO DE QUIEBRE

Leiner Benavides

Siempre he tenido miedo del futuro. Me he impuesto estándares tan altos que los sueños devoran sin cesar el «continuo» miserable de mi existencia. Incontables veces he estado a punto de romperme y solo el afectuoso apoyo de mi amigo Pablo no me ha dejado ceder. Él siempre tiene sus brazos extendidos para asir los míos y levantarme. Lo conocí en la Unimagdalena cuando estaba sentado sobre un tronco alrededor del bosque de la granja. Iba allí de forma constante en los espacios entre clases, porque nadie quería hablarme y todos mis compañeros se mofaban de mí. Incluso mi hermano David, quien también estudiaba conmigo. Aquel lugar era mi refugio sagrado y ahí se apareció un día cualquiera.

Me encontraba batallando con la voz de demonio opresivo que suele pasarse por mi mente. Un alma oscura que carga consigo los peores pensamientos y pretende sembrarlos como semillas mustias en el arado retorcido de mi cerebro. Puso su mano sobre mi hombro y me dijo que dejara de sufrir. Que no iba a descansar hasta que todos encontraran la paz.

Platicábamos a menudo sobre inmensurables temas y nunca diferimos al plantear nuestros puntos de vista. Al fin empezaba a sentir las mieles de departir con alguien más.

De pronto, el mundo que apenas empezaba a tener sentido para mí, se desestabilizó. Algo tan pequeño que ni siquiera podía verlo, había hecho temblar de miedo a toda la humanidad. Incluso a aquellos que gozaban del hedonismo característico de sus vidas parsimoniosas. Covid-19 era su nombre. Nos sumió a todos en dos bandos: los que dieron lo mejor de sí por superar la crisis bajo el escudo de la esperanza y los que cedieron a la locura con el filo de la desesperación. Aunque en el fondo todos éramos pájaros enjaulados de terror, gimiendo a gritos nuestros cantos.

Dejé de hablar con Pablo a causa de las medidas de cuarentena obligatoria. Nunca tuve su número de teléfono celular. Nunca supe de su familia ni de nadie que le conociese. Y nunca le vi en ningún otro lugar que no fuese en las laderas de aquel marchito bosque que reposaba en la institución. El poco sosiego que había ganado lo perdí tras el desgaste de la rutina. Despertaba a las tres de la tarde y me acostaba a las cinco de la mañana. Comía cuando el hambre lo ordenaba y había perdido la capacidad de diferenciar entre el día y la noche. Todo era igual dentro de mis cuatro paredes grises de silencio inamovible. Cancelé el semestre por temor a perderlo, pues no pude adaptarme a la abrupta intromisión de las clases virtuales sobre la

vida personal. El concepto del tiempo se había desvanecido. Reuniones y trabajos te tomaban por sorpresa en cualquier instante.

Un día decidí salir al patio de la casa y me distraje contemplando unas bellas flores de trinitarias. Mamá había hecho aquella siembra con la dulzura que la distingue y siempre les cantaba como si pudiesen escucharla. Sentí un fuerte golpe en la espalda y caí de bruces contra las plantas. Mi hermano me había propinado una fuerte patada y se había marchado riendo. «El día que mueras, te voy a sepultar aquí», pensé. Tenía tanta rabia que pude escuchar cómo se quebraba algo en mi interior.

Desde ese día desapareció la melancolía. No existían los miedos, ni las alegrías, ni las tristezas. Solo un sepulcral abismo de impasibilidad. Yo era como la boca y los ojos de los muertos. Empecé a fatigarme temprano y no conseguía pasar en vela más allá de las ocho de la noche. Del mismo modo despertaba al amanecer. Pero siempre cansado, con el cuerpo adolorido y el recuerdo de gritos estridentes que había escuchado en mis pesadillas. Sin embargo, los nuevos hábitos le devolvían energía a mi estado físico. Regular mis jornadas era la innovación que necesitaba para empezar a sanar.

Una noche fría como mis emociones vi a Pablo a un lado de mi cama. En medio de la penumbra causada por la pelea que la débil luz de luna daba contra la oscuridad. Volvió a poner su mano sobre mi hombro

y me dijo que ya pronto iba a descansar. Me incorporé para verle mejor, pero no había nadie en aquella estancia, solo yo. «Alucinaciones por el sueño», me dije.

Por la mañana vi a mi madre espantada mientras leía el periódico. Algunos estudiantes universitarios se habían ahorcado, al parecer por motivos de depresión ante la pandemia. Me preguntó si no me habían vuelto a dar ataques de pánico y si había visto a David. Quería reprenderle por no amarrar al perro la noche anterior. Acusaba al animal de haber dañado su cultivo. Me asomé por la ventana: las trinitarias ausentes y la tierra removida.



Ilustración: Julio Cesar Cantillo

MANUSCRITO ENCONTRADO EN UN COMPUTADOR

Nelson Cárdenas

Alexis se jactaba de repetir el destino de personas tan importantes como Newton y Shakespeare. Entre Alexis y Newton coincidía una manía: experimentar inhalando gases de cualquier compuesto sacado de un alquímico libro viejo. Con Shakespeare, supuestamente: la escritura y la invención de palabras rebuscadas. Además, con ambos compartía el destino de las cuarentenas y el buscar la innovación. «Crea algo que cambie la historia», le decía su editor cuando se ponía trascendental, aunque lo normal es que le dijera: «Tú no eres Tolkien ni R. R. Martin, termina de escribir el puto libro».

Estaba determinado. No eran capaces de frenarlo una temperatura ambiente de 39 grados, una habitación sin ventanas o un techo de zinc de muy baja altura; es más, llevaba mucho en un entrenamiento involuntario, pues no era de salir casi. Nada más tendría que cuidar su salud y su economía, pero eso no iba a ser tan fácil. Lo dificultaba el hecho de que su jefe le

hubiera dicho: «No lo estoy despidiendo, pero ya se le acabó el contrato. De todas formas, yo le hago el favor de guardarle el puestico para cuando pase toda esta vaina». Alexis fingió que le agradecía lo buena gente. Prefería haberlo insultado, pero le convenía conservar el “puestico”.

Desde allí, la mayor parte del dinero se fue en luz y *pagadiarios*, así que pasó a comer solo dos veces al día. Estiró el sueldo y sus ahorros hasta el punto de que los huevos y el queso eran un lujo. Pensó en tomar el camino de la agricultura, pero ni un patio tenía para poder hacerse una siembra. Consumía mucha más agua para que la llenura le bajara el hambre. Además, empezó a diluir en agua un medicamento para protegerlo de sufrir el Covid-19 y los ataques de apetito.

Los subsidios del gobierno estaban llenos de cédulas falsas, pero él tuvo la suerte de que la suya apareciera entre los beneficiarios. No le iba a pasar nada malo, estaba bien informado sobre el engaño de la pandemia. Tarjeta en mano, fue a hacer la infinita fila bajo el sol.

Sus investigaciones lo llevaron a optimizar su alimentación y lograr comer una sola vez al día, haciendo que le rindiera el subsidio casi el triple. Pero unos días después empezaron los problemas: fiebre, dolor de garganta, vómito y leve diarrea. No tenía tiempo para ponerle atención a eso. Sabía que si estaba contagiado, de cualquier manera, no vivía con nadie y el virus no era para tanto. Mientras, avanzaba en su futura

obra maestra, la que le generaría el ingreso pasivo con el que se relajaría el resto de la vida.

—La próxima pandemia la paso en una mansión— le decía al resistente patito de hule sobre su escritorio. Resistente por soportar el calor y las conversaciones de Alexis.

La garganta se le resentía y el estómago le pedía alimento. Puso la jarra de agua al lado del computador. Una hora después estaba ya casi terminando el manuscrito final, y de paso el agua. Como si su cuerpo fuera una olla a presión, botaba líquidos tan rápido como los tomaba. Las gotas de sudor corrían. Las paredes internas del cuello, rojas e hinchadas, hacían esfuerzo para mantener una respiración cada vez más deficiente.

Teceleaba entre fluida y torpemente. Pensaba en su independencia. En cómo buscaba alejarse del mundo «al estilo de Kant», aunque nunca había leído su biografía y no era consciente de que el filósofo fue muy sociable. Adjuntó el documento en los formatos exigidos para enviarlos al editor, con la seguridad de que no merecía ser borrada ni una sola letra.

En su estado de aceleración, nervios y fiebre, por una fracción de segundo se preguntó si no había sido engañado por la historia moderna, comiéndose el cuento del triunfo por el triunfo, incluso a costa de sí mismo. Pensó en Newton, Shakespeare, Tolkien y Martin. Tuvo tiempo de recordar la fórmula del medicamento: tres gotas de clorito sódico al 25%, tres del

activador al 4% y diez de ácido cítrico al 50%, pero al prepararlo duplicó las cifras para asegurarse de que el MMS hiciera efecto.

Se sorprendió al sentir la fría mirada del ahora lejano pato de hule. La pantalla pasó de píxeles a ser una borrosa nube, como si le hubieran censurado la realidad. El cuerpo, seco y quebradizo, expulsaba las pocas gotas que le quedaban del precioso líquido. Por último, su mano, catatónica sobre el mouse, batalló por horas buscando dar el clic que enviaría ese manuscrito que jamás llegó.



Ilustración: Enrique Moreno

EL VIRUS

María Camila Canchila

A finales de diciembre de 2019 e inicios de 2020 empezó algo que cambió la forma de vivir para muchas de las personas que conozco, incluyendo la mía. ¿A qué me refiero? A la llegada de un virus llamado #Unimagdalena, #Resiliencia, #Covid19, #Inclusión, #Siembra, #innovación, #Crea.



Ilustración: Haider Flórez

DÍAS DE PANDEMIA

Isabela Figueroa

Soy profesora de Unimagdalena. En clases presenciales he repetido muchas veces, de una u otra manera, que no existe el individuo. En derecho internacional: solo existe interdependencia. En derechos culturales: el individuo es una ficción de Occidente. En esa pandemia es más evidente, el individuo solo cuenta como número estadístico. Y, en eso, yo solo existo como parte del porcentaje de mujeres cabeza de familia que tienen el privilegio del teletrabajo y de estar libres del hambre. Casi no salgo de casa. Pero el otro día pasé en auto por El Rodadero. Mucha gente con niños, implorando comida. Trato de ayudar, pero la emergencia es mucho más grande que mis fuerzas. Regreso a casa. Un señor que vende verduras corta la cuarentena y llega a mi barrio a vender. Salgo corriendo por las escaleras para no entrar en el ascensor: alcohol gel, máscara, gafas, chequeo que el gas no esté abierto, que no haya dejado una olla sobre el fuego. Abajo ninguno de los tres vendedores usaba máscara. Tenían las manos mugres de la tierra de las yucas. Los miro desconcertada, ¿por qué? “Ya me cansé del calor

con esa máscara”. Trato de no juzgar, cada uno hace lo que puede. Comprar a estos señores es mejor que comprar en Olímpica. Pero ninguno tiene máscara. En Olímpica tampoco sé si cumplen protocolos sanitarios, ¿quién me asegura? Pensé en mi hija, regresé a la casa con las bolsas vacías, las manos llenas de gel. Yo también hago mi mejor esfuerzo. Hay días buenos y hay días malos.

Mis padres tienen más de ochenta y están en Brasil y están en el 25% de la población más vulnerable. De ese porcentaje, se estima que 10% se contagiará y de esos, un porcentaje aún menor morirá. El destino parece más de estadística que de resiliencia. Y yo tan lejos de ellos. En los días buenos llamo a mi padre y hablamos de poesía, en los días malos nos decimos: paciencia. Algunos días pienso en mi tierra y lloro. Por el fracaso latinoamericano, por nuestra historia, por nuestra memoria construida encima del despojo, de la esclavitud, de la tortura. No siempre lloro en los días malos, a veces eso pasa es en los días buenos. Como cuando mi hija me abrazó sonriendo y me dijo que no le importaba terminar el año con el cole virtual siempre que las dos estuviéramos juntas. Mujer entre 40-49 años, sin enfermedad previa, a veces se fuma unos pielrojas, a veces se toma unos vinos tintos bien fríos, muy pocas gripas hasta hoy. ¿Cuál probabilidad de seguir estando todo el año con mi hija? A veces hay días malos. A veces esos días no son tan malos. El gato disfruta, nunca fue tan mimado. Vivo en un barrio tu-

rístico. El internet funciona, no nos ha faltado agua, Electricaribe no se porta tan mal, el portero es amable, la vecina de puerta sigue sin abrir la suya. Por aquí la vida es amena. Es cuando están los días buenos.

Allá afuera, vigilando que las personas se mantengan en las estadísticas previsibles, está la fuerza opresora del Estado. Que la fila no esté desorganizada, que estemos estornudando puertas adentro, que no nos estemos abrazando, que no seamos atendidos. No hablan de inclusión. Aquí en mi barrio el tren del carbón sigue pasando, los navíos de la bahía también. En alguna dimensión de la estación Covid-19 no existe virus. Existen algunos individuos. Esos son los días malos.



Ilustración: Jhon Bustamante

UNA CRÓNICA EN TIEMPO DE COVID-19

Hugo C. Pérez

César Antonio Meriño Jiménez, un pescador cimarrón de las aguas inquietantes de la ciénaga de Cerro de San Antonio, veía cómo una noticia fastidiosa y cansona se escabullía todos los días en el noticiero de las siete de la noche. Una noticia que veía apenas por la rendija de sus párpados casi vencidos por el trajín de la faena de pesca, pero que aceptaba, entre sus aletazos de adormitado, como algo que estaba a punto de pasar.

La noticia se convirtió en comentarios entre los pescadores, que ya no hablaban de la dirección del viento cuando pescaban, ahora se empecinaban con la idea de una nueva enfermedad que, según los comentarios del Negro Valencia, venía de la China y estaba matando a los viejitos.

Pasaban los días y la noticia se recrudecía como las aguas de la ciénaga en medio de un temporal. El adormecimiento se le había espantado por la seriedad del asunto. Miguel García, su compadre de parranda,

había mencionado que a su nieto Juan Pablo García Nieto le habían suspendido el semestre en la Universidad del Magdalena y estaba pensando seriamente traérselo para el pueblo, pues con todo eso que estaba pasando en todo el mundo no era cosa de ignorarlo.

César veía cómo incluso su pueblo se sumía en una metamorfosis lenta, pero irreversible. Ya se hablaba de confinamiento, una palabra nueva para su vocabulario y de la que creía que no tenía ningún presagio agradable. Los días siguieron alargándose, como un domingo de esos en que se quedaba en casa a remendar la atarraya y se le convertía en toda una eternidad. César tenía la férrea convicción de que los días se desvanecían con mayor facilidad en las aguas resplandecientes de la inmensa ciénaga.

Una mañana se tropezó con Miguel García, quien le comentó la llegada de su nieto al pueblo la tarde anterior y trajo consigo estrictas recomendaciones para él, donde le advertía el permanente lavado de manos y el uso del tapabocas.

—¡Bonita vaina, compa!— comentaba Miguel.

—Bueno, compa, será obedecer, pues la vaina es seria— respondía César.

Juan Pablo, el nieto de Miguel García, decidió crear un lavamanos en la cuadra de su barrio. Los pescadores estaban asombrados por el ingenio y la innovación que empleó al utilizar una tina enorme y un trozo de manguera para improvisar un sofisticado lavamanos del cual se servía su comunidad.

César, al ver aquel puesto de lavado de manos, se concientizó y miró con seriedad el problema de la nueva enfermedad que tanto cotorreaba su televisor cada vez que lo encendía para ver las noticias. Ya no se reclinaba cuando en los titulares mencionaban los nuevos casos que aparecían de Covid-19. Por el contrario, se ponía en alerta y miraba con gran interés el avance de la enfermedad en el país.

Desde que se encontraban en el puerto hasta que terminaban la faena de pesca, las tertulias entre la bandada de pescadores se reducían al Covid-19, se decían entre ellos la importancia de cuidarse, y ese dicho de que “de algo se tenían que morir” quedaba atrás. Quizá las ideas frescas de Juan Pablo o quizá por la obediencia de las buenas personas, sembró en la comunidad de pescadores el hábito de cuidarse y cuidar a los demás, pues de cada uno dependía el éxito de este confinamiento que acaparaba al pueblo en una soledad espesa, que hacía doler la vista por el silencio mismo de las calles solitarias.

César veía cómo el mundo se unía y se confinaba en una sola voz. Comprobó que la fuerza de seguir adelante era lo más importante. Comparó esta crisis con sus faenas de pesca en las aguas revoltosas de la ciénaga, y al final dijo que lo más importante era bogar con suficientes fuerzas para seguir hacia la banda de pescado y no dejar que el bote se detuviera, remar y remar hasta llegar a una pesca exuberante.



Ilustración: Carlos Suárez

¿LE TOMASTE LA PRUEBA?

José Antonio Guerra Osuna

Me despierto cerca de las seis de la mañana para asistir a mis clases virtuales en la Unimagdalena. La pandemia me ha vuelto más esclavo de la tecnología. No puedo salir, ir a la universidad y ver a mi novia; incluso; mi salud mental se ha deteriorado debido a la situación familiar en que me encuentro. Mi padre se ha vuelto mucho más violento ahora que no sale. Apenas es miércoles y ya le ha pegado a mi madre cinco veces; a mí casi me parte la cabeza al tirarme una botella de cerveza por no querer salir a la calle a buscarle más alcohol.

Era tan libre antes del Covid-19, saliendo los sábados a pasear a mi mascota por las bellas playas de mi pueblo, o visitando y escuchando las historias de mis amigos de la infancia; en ocasiones los usaba como escape para evadir los problemas en mi hogar.

Escucho ruidos en la cocina. Al parecer, mis padres están discutiendo otra vez. Dejo a un lado mi clase de biología para ver qué está sucediendo.

- ¿Qué está pasando? – pregunto.
- Hijo – habla mi madre. – ve a tu cuarto. No te preocupes.
- ¿Qué no me preocupe? Este hombre que dice ser mi padre ha estado más violento que nunca.
- ¿Quieres saber la verdad? – dice mi padre.
- Sí.
- Tú madre dio positivo para el virus.
- Probablemente me contagié cuando fui a mer-
car –me dice mi madre. –Lo siento mucho, hijo.

Siento cómo el corazón se me parte en dos. Es-
tuviera un poco menos preocupado si ella no fuera
diabética. Visualizo dos camionetas parqueándose al
frente de mi casa. Deben ser del gobierno. Han venido
a hacernos las pruebas a mi padre y a mí. Algo lógico.

Por suerte, todavía no he sido contagiado, pero mi
padre sí. Hasta cierto punto, me alegro de que esto lo
pudiera matar y así terminar el sufrimiento que por
años nos ha atormentado a mi madre y a mí; por otro
lado, temo a su vez que no sobreviva. Él es el sustento
de nuestra familia. Lo peor, tiene fallas renales y altos
niveles de colesterol.

Pasan diez días y todos estamos en el hospital. Mis
padres se complicaron tanto hasta llegar al punto en
que los médicos tuvieron que ponerles ventiladores.
Sigo sin entender por qué di negativo para la prue-
ba, si antes de que mi madre fuera diagnosticada yo

estuve con ella todo el tiempo, sanándole sus heridas y consolándola. Tengo altos niveles de frustración. Ya he faltado a varias clases debido a mi condición. Por fortuna, la universidad me ha entendido. Pedí encarecidamente a Bienestar Universitario que accediera a mantener mi anonimato. No estoy preparado para ser noticia en la región. Además, les pedí ayuda para poder alcanzar la resiliencia, puesto que encuentro a mi alma perdida en la desesperación.

Es el día catorce. Estoy entre la felicidad y la tristeza, entre la libertad y la esclavitud. Mi madre ha superado el virus, pero mi padre no. Crea o no en los dioses, pienso que es justicia divina. Todo lo que está pasando me hace reflexionar sobre lo irónica que es la vida: un día eres maltratado, junto a tu madre, por tu progenitor, y semanas más tarde este muere por una nueva enfermedad que ha azotado a la humanidad entera. Siento que ella y yo nos hemos salvado de sufrir toda una vida llena de maltratos, pero nos queda un espacio vacío en nuestros corazones. Después de todo, ella lo amaba. Sin embargo, su amor por mí siempre fue más fuerte, por eso nunca se fue.

Tocan a la puerta.

- Buenas tardes, venimos a nombre de la Secretaría de Salud del municipio.
- ¿Qué está pasando? – pregunta mi madre sorprendida.

— Lo que sucede es que ha habido un error en cuanto a la prueba que le hicimos a su hijo hace unas semanas.

Hay un silencio perturbador.

— Su prueba, en realidad, dio positivo.

Quedo en shock por un instante.

— Hijo, necesitamos saber si has tenido contacto con alguna otra persona por fuera de tu núcleo familiar.

En mi mente existe solo una persona.

— Fui a llevarle un mercado a mi abuela el martes pasado.



Ilustración: Hubert Guardiola

AY, PAPI, TÚ SABES

Javier Gámez

La preocupación de Maryuri se debe a que estamos al tarro. Me atraparon en plena acción. Debo hacerme cargo del bebé, mi madre y mi mujer; así que busqué trabajo durante un tiempo, pero nadie me contrató. Lo único que encontraba era de cotero, pero soy muy flaco para eso y además inteligente. Pensé en atracar hasta hacerme con algo de plata y montar un negocio pequeño. Un puesto de fritos, o una tiendita en el barrio. Quería estudiar en Unimagdalena.

—Recuerde que hay que usar tapabocas y lavarse las manos cada dos horas— dijo Maryuri.

Nos miramos y nos echamos a reír—

—¿Con qué agua? —dije—. Es que son brutos.

—Brutos no, hijueputas.

Dejé a Stephen en el suelo y salí.

—No ha llegado y ya se va— dijo.

—Amor, alguien debe buscar la comida— dije.

—No me crea tan marica.

Le fui a dar un beso y lo esquivó. Busqué a Esteban. Llegamos en la moto al centro, viendo qué hacer. La mayoría de locales estaban cerrados. Se nos

ocurrió atracar una tienda de algún barrio refundido. Los tombos tardarían en llegar y nos perderíamos en segundos. A la vuelta había un supermercado de cadena. Decidimos pasar por ahí. Había un montón de gente; reconocí a varios del combo.

Un llavecita de nosotros se acercó.

—Hey, vamos a hacerlo— dijo Esneider.

—Espérame aquí, no apagues la moto.

Me bajé y entré corriendo. Llegué directo a la parte de los electrodomésticos y agarré un televisor de 55 pulgadas. Los muchachos empezaron a gritar. El Es-mad y el ejército habían llegado. Salí como alma que lleva el diablo y me monté en la moto.

— Arranca, arranca— dije.

— Joda, cipote de televisor— dijo Esteban.

Esteban me dejó en la casa. Le dije que más tarde planeábamos otro golpe.

—Amanecerá y veremos, dijo.

Maryuri se puso feliz cuando vio el televisor.

—Uy, ahora sí vamos a ver nesflis bien bacano, ¿verdad mi amor?— dijo. Tomó a Stephen y lo llenó de besos.

—Y todo gracias al Covid-19.

—Se cosecha lo que se siembra— dijo.

Mi mamá se puso mal, comenzó a toser y se ahogaba. Llamamos al hospital, pero no querían llegar al barrio. Entre Esteban y yo la llevamos al puesto de salud, pero la dejaron ahí afuera, donde murió al rato. Dejamos el cuerpo allí, porque los vecinos nos iban a matar si la llevábamos de vuelta.

Le dije a Esteban de un billar que había pillado en el barrio La Esperanza. A las tres de la mañana contaban el producido del día anterior. Ya lo tenía todo listo, solo nos tocaba conseguir un arma prestada.

El punto de encuentro era tres cuadras antes del local a las dos de la mañana. Conseguí una nueve. Miré la hora: 2:40. Decidí dar el golpe yo solo.

Estuvo botao y coroné bastante plata. Al regresar a casa, Maryuri estaba en el suelo, ahogándose.

CUATRO PAREDES VIEJAS

Mara Daniela Pérez

El reto más grande de mi vida lo viví rodeada de mis tres paredes de madera vieja, bajo un techo de palma donde nunca quise estar y con el amor al otro lado de las tablas, quien dijo que sería una emergencia por un Acoso cido al que llaman Covid-19 lo que hará posible una auténtica contracción en busca de una transformación. Estoy quebrada y por eso que los que distraerme me abruma las noticias donde veo cómo aumenta el número de infectados. Hoy sufren algo que seguramente nunca imaginaba que ese enemigo silencioso sigue cobrando vidas.



Ilustración: Juan Carlos Callejas

CUATRO PAREDES VIEJAS

Mara Daniela Pérez Ruiz

El reto más grande de mi vida lo viví rodeada de cuatro paredes de madera vieja, bajo un techo de palma donde nunca quise estar y con el amor al otro lado de las tablas, quién diría que sería una emergencia por un desconocido al que llaman Covid-19 lo que haría posible una auténtica confrontación en busca de una transformación. Estoy quebrada, y por más que busque distraerme me abruman las noticias donde veo cómo aumenta el número de personas que hoy sufren algo que seguramente nunca imaginaron, cada día que veo que ese enemigo silencioso sigue cobrando vidas, recuerdo lo que duele perder a alguien y me resulta imposible no pensar en cómo el miedo se está apoderando de la existencia de las personas que luchan una batalla que aunque no es más dura que vivir con el corazón desangrado, te puede cambiar la vida para siempre.

El sonido de la puerta que se cae a pedazos me hizo caer en cuenta de que debía secarme el agua con sabor a sal de mis mejillas y mirar a los ojos a la nostalgia, y decirle que aunque extraño profundamente la liber-

tad que sentía cuando caminaba sola por la Unimagdalena y la brisa acariciaba mi cara, es momento de seguir, de entender que el sacrificio de hoy nos ayudará a estar vivos mañana, aunque todo sería ms fácil si todos se sacrificaran por igual, si aquellos dedicados a desangrar los recursos no lo hicieran y se dedicaran a ayudar.

Al mirar por la ventana alcanzo a ver a mis padres llegar con suficiente comida para un tiempo considerable y pienso en un niño que días antes había tocado la puerta esperando que le diéramos una ayuda para comprar medicinas, y en cuántas familias no tienen la posibilidad de decir lo que yo en estos momentos, cuántas personas estarán ahí afuera sin tener nada que comer, aunque sea para hoy, y recuerdo lo injusta que es la vida, lo injusta que está siendo con la heroína que también tengo en casa, que se levanta día a día para ir a un centro de salud donde no le dan nada para protegerse, solo nos queda rezar para que el virus no la alcance.

Qué difícil es lidiar con todas las emociones que despierta la situación por la que pasamos y a su vez lidiar con aquellos problemas internos que hasta hoy reconoces que tienes, es como que el curso de tu vida ha cambiado y te toca afrontarlo, porque al fin y al cabo uno recoge lo que siembra.

Por eso ese día, cuando la noche caía y la lluvia entraba en la habitación, después de varias horas de lágrimas decidí abrazar mi vulnerabilidad y hacerle honor a la palabra resiliencia, que llevo tatuada en mi alma desde que te perdí.



Ilustración: Wilmer Martínez Manotas

ADIÓS A LA CALMA DE LA CUARENTENA

Lina Martes

Es 23 de abril, terminaste de celebrar el cumpleaños virtual de tu hermana y como de costumbre, tu sueño en cuarentena llega a las tres de la mañana, duermes profundamente, hasta que tu celular empieza a sonar insistentemente, como tienes una alarma para “sacar basura” a esa hora, no diferencias el sonido y crees que es eso, pero de repente alguien llega a tu casa y quiere tumbar la puerta, escuchas esa voz de tu madre dando gritos y tú solo imaginas lo peor.

En pijamas, corres a la casa de “al lado” y ahí está la razón de los llantos de tu madre, tu padre yace en el suelo sin responder al llamado, te acercas, revisas su pulso y sales a buscar ayuda, afortunadamente encuentras un conductor disponible, su cuerpo pesado de la flacidez dificulta la subida, pero entre todos lo consiguen y vas ahí, a su lado con tu corazón acelerado.

Llegan a la clínica y observas una sala de espera vacía, te alegras, porque ya era tiempo de que las personas entendieran que hay dolores que no ameritan atención de urgencia; ingresan a tu papá, lo estabili-

zan enseguida, él intenta reaccionar, pero una presión arterial alta se lo impide y vuelve a desmayarse en la camilla, el temor se apodera de tu madre y tratas de calmarla.

Escuchas que deben trasladarlo, así que las horas de angustia continuarán en el trayecto de la ambulancia, tu madre decide acompañarlo y tú pasas la noche en vigilia obligada, porque tu teléfono puede sonar en cualquier momento, para informarte lo que tanto temes; oras, te arrodillas y pides a tus familiares que al unísono repitan el nombre de tu padre en sus encuentros con Dios, sabes que esta no es la primera vez que sucede, pero sientes que ahora es más complicado.

Sin darte cuenta, amanece, adelantas tus “oficios” para estar lista, comes poco porque sientes que hay una conexión entre tu ansiedad y tu estómago -ahora entiendes a tu madre porqué, aunque la regañes, no come desde que sucedió el acontecimiento- esperas la hora y sales con preocupación porque estamos en cuarentena y detrás de la puerta de tu casa, cualquier persona es sospechosa de tener el virus.

Llegas a buscar el transporte con una mezcla de sensaciones que inician con miedo, porque sabes bien que el Covid-19 puede toparse contigo en el día y sientes además desespero, porque tu papá está enfermo y tu visita puede ser riesgosa si no tomas las precauciones necesarias; también cargas la zozobra de quienes viajan de Maicao a Riohacha, que rezan para evitar toparse con algún accidente, porque los

conductores se creen de Fórmula 1, olvidándose de los chivos que están siempre en la vía, ruegas porque los trabajos de la carretera no te retrasen y te hagan coincidir con los “dueños de lo ajeno”.

Te olvidas del “pico y cédula” que te permite salir solamente los lunes, porque tu corazón te dice que debes ir a ver a tu papá, sigues pidiendo a Dios que las noticias en la clínica sean alentadoras y que puedas recoger los frutos de la siembra de fe familiar.

Llegas a Riohacha, te bajas del carro, caminas con afán y pasas el protocolo de la clínica, verificas tu tapabocas constantemente, tu mente solo piensa en el milagro que deseas, un gorro te cubre el cabello y haces un lavado de manos exhaustivo, tal cual lo aprendiste durante tu carrera de odontología en la Unimagdalena; entras y puedes cumplir tu propósito de viaje, aunque un vidrio te separara del abrazo deseado y tu padre no notara que estabas ahí, verlo fue la mayor recompensa y orar detrás de la línea roja de “no pasar”, tu mejor regalo para él.

Agradeces a Dios que el médico que entregó noticias negativas ayer cuando llegó tu padre en la ambulancia se equivocara, porque eso significaba que había esperanzas de vida para él y que, en estos tiempos de aislamiento social con toda tu familia separada, no le darían el último adiós.

La calma de la cuarentena se había ido, es cierto, pero sabías que tu resiliencia debía prevalecer en todo momento, junto a tu confianza en Dios.

Han pasado once días de la estancia en la UCI de tu padre y los médicos llaman para decir que está mejor, que lo cambiarán a “piso” y que el resultado del Covid-19 es negativo, respiras aliviada y sonríes porque sabes que el milagro está hecho.

Ya tu padre está junto a tu madre otra vez y la emoción en sus ojos al ver por videollamadas a los que ama no se compara con nada, agradeces la tecnología que le muestra en una pantalla a quienes él pensó no volver a ver jamás.



Ilustración: Ángel Almendrales

EI ASILAMIENTO DE LA VIAJERA

Stephanie Castro

Soy una viajera solitaria, lo suficientemente libre como para haber ido a setenta países desconociendo límites e imposibles; pero hoy se cumplen cincuenta días desde la última vez que caminé las calles de la ciudad, tomé un café fuera de casa y abracé a alguien especial; desde entonces sobrevivo en un espacio pequeño, rodeada de muebles y paredes, y como solía hacer mis viajes: solitaria. Ahora son las 3:30 a.m. y al despertar anhelaba ver los rayos del sol atravesando mi ventana, pero la oscuridad de mi habitación y mi reloj me dicen que se han transformado mis hábitos y rutinas por completo.

Alguna vez leí un texto de Judith Thurman que dice: “todo soñador sabe que es perfectamente posible sentir nostalgia por un lugar en el que nunca se ha estado, quizás más nostalgia que por algo conocido”; esto es exactamente lo primero que me vino a la mente al recordar mi sueño reciente y concluyo que aquel hermoso paraíso de arena blanca y agua azul cristalina que nunca he visitado es quizás el reflejo de mis

emociones por estos días, queriendo llevarme a un remanso de paz.

Una buena amiga desde el extranjero me preguntó: ¿Cómo sobrellevas esta crisis ocasionada por el #covid-19 sin perder la cabeza? Les confieso que no supe cómo responder inicialmente, pero la inspiración llegó a mí para decirle que aún sigo viajando; solo que este viaje ha sido diferente. Hablar de estos últimos cincuenta días es comparable a describir un paseo en una enorme montaña rusa; sientes como si experimentases una mezcla entre un subidón y la relajación absoluta, donde las bajas y altas se alternan una y otra vez.

Los primeros días estuve tratando de asimilar el encierro como algo temporal —con bastante optimismo—, pero después aparecieron la fiebre, los dolores de pecho, la tos y los malestares; en ese momento me aislé entre la discreción y el misterio, porque de un momento a otro sentí que me había convertido en ‘eso’ que ahora todos temían. Los días fueron pasando en la misma soledad que ya es tan propiamente mía como mis huellas dactilares, solo que esta vez exiliada en mi propio espacio y coaccionada moralmente a permanecer a oscuras en el anonimato, poniendo en práctica la resiliencia de la que tantas veces hablé en mi ejercicio profesional.

En varios momentos de mi vida escuché decir a muchas personas, incluidos psicólogos, que los seres humanos necesitamos la interacción con otros

para sobrevivir a las situaciones más adversas; me parecía exagerado, pero creo que lo comprendí desde mi aislamiento en el momento en que retomé mis clases en Unimagdalena; solo que esta vez hablaría con mis colegas y estudiantes a través de la pantalla de un computador, sea dicho que fue todo un componente de innovación para todos al tiempo.

Deseaba ocupar mi mente en cosas positivas, obtener inspiración para renovar ideas y crear nuevos proyectos, encontrar razones para pensar en un futuro cercano donde sería completamente “libre” de nuevo; entonces en ese breve periodo semanal de contacto virtual pude sentir optimismo en otros a pesar de las dificultades, y en ese momento tuve el valor de emprender ese viaje interior que no había hecho nunca.

Esta travesía espiritual me ha llevado a valorar más mis cualidades, las cosas que tengo, las oportunidades; me ha enseñado a confiar más en mí, a ser optimista, a desarrollar mi capacidad de adaptarme a circunstancias en principio difíciles, pero que dejan grandes lecciones de vida. Si “viajar es vivir”, como decía Hans Christian Andersen, ¿este ha sido el viaje más inspirador de todos!

Hoy quiero continuar con mis ideas y planes; seguir tomando café mientras comparto historias, seguir aportando a la formación de mis estudiantes de la manera más humilde, enseñándoles que la #inclusión y la solidaridad son importantes para superar cualquier obstáculo, incluyendo este periodo; y por su-

puesto, también quiero seguir viajando a otros lugares que aún no conozco y a los que más extraño, aunque por ahora lo haré en mis sueños.

Viajaré recordando cada momento único e inolvidable de aquellas visitas a lo desconocido; recordando el aroma de cada alimento exótico probado por vez primera; recordando cada figura y sonrisa, plasmadas en imágenes que hoy no solo se encuentran en un computador sino también en mi corazón; recordando que llegué hasta allí en contra de los obstáculos, con la satisfacción de obtener un triunfo personal.

Me gusta compartir siempre historias sobre mis viajes, relatándolas en tertulias, escribiendo para otros nómadas en algunos *blogs*, o en mis propias memorias; pero creo que nunca imaginé escribir sobre mi propio aislamiento, aquel que me llevó a realizar un viaje muy particular.

A ustedes queridos lectores, ¡les auguro un lindo viaje!

La viajera solitaria



Ilustración: Iveth Rocío Noriega

CUARENTENA EN TIERRAS GADITANAS

Richard Gélvez

Próxima parada: Plaza España, anunciaba el conductor del autobús. Dispongo a bajarme para emprender la caminata hacia la facultad, un recorrido habitual de quince minutos que se ha convertido en mi único ejercicio diario. Era un jueves de marzo, un poco caluroso a pesar de la estación, un veranillo se asomaba en la península ibérica y por tanto, se esperaba con ansias la llegada del fin de semana.

Recuerdo que junto con mi esposa planeábamos un viaje cercano en la provincia o quizá pasar la tarde del domingo en algún chiringuito de la caleta. Al igual que muchas personas, solo nos centrábamos en nuestro mundo, un mundo estresado por labores académicas que esperaba el fin de semana para liberar las tensiones.

Lo que no sabíamos era que desde el oriente se levantaba una tragedia, una enfermedad se expandía y amenazaba el planeta; a pesar de eso, los demás veía-

mos poco probable que esto sucediera y seguíamos viviendo como si nada.

A la llegada al campus me encuentro con varios de mis compañeros, asistíamos ansiosos a la apertura del nuevo curso. Sin embargo, todo se nubló en cuanto el coordinador dijo que el cronograma de actividades quedaba sujeto a las medidas de prevención que se establecerían en la ciudad. Esto fue como un estruendo, enseguida las miradas se cruzaron y con ceño fruncido pregunté que estaba sucediendo. Covid-19... esa fue la respuesta, aunque yo, un poco aturdido y aún confundido, seguía sin entender la referencia.

En ese momento comprendí que esta no era una enfermedad cualquiera, pues dadas las predicciones contagiaría a toda Asia, se expandiría en Europa y llegaría hasta América para convertirse así en una terrible pandemia.

Dos meses después de aquel día, vuelvo a ver una puesta del sol sobre el mar; algo que vivía a diario en mis tierras samarias, bastaba con levantarme y dar un par de pasos para alcanzar la ventana de mi oficina y ver el imponente morro, el puerto y la hermosa bahía de la Perla, bañados con ese precioso rojizo que con solo verlo un par de segundos tiene el poder de curar el alma.

Han sido tiempos difíciles, cada mañana al despertar una gráfica me atemorizaba el resto del día; las noticias anunciaban miles de muertes, hospita-

les colapsados, empresas en quiebra, delincuencia y desesperación.

Las cosas cotidianas ya no lo eran, no iba a clases, no había paseos por la playa, no se podía salir con los amigos, mucho menos recorrer el centro histórico de la ciudad. Lo único permitido era ir al supermercado vistiendo al estilo de Chernobyl; tapabocas, guantes y desinfectante, ese era el kit de moda, algo totalmente sin precedentes para nuestra generación, este era un reto que suponía mucha resiliencia y la mejor versión de cada uno para afrontar estos tristes momentos.

La solución era simple y sencilla: “Quédate en casa”, algo tan ingenuo se convirtió en la principal medida para combatir este enemigo invisible y silencioso. Pensaba en mi país y en los inconvenientes que aquello representaba, en especial en quienes sobreviven con la lucha diaria de sus labores, la cual ya era complicada desde antes de todo esto y que ahora, solo nubes grises se dibujaban en su horizonte.

Esta problemática supuso la innovación de muchos sectores. El teletrabajo para las industrias y clases online para los académicos fueron los principales cambios percibidos, cambios que establecieron la inclusión de muchos factores en el paradigma social de un nuevo modo de vida.

Hoy retomamos un poco de libertad, de tranquilidad y de satisfacción al ver cómo paso a paso la humanidad progresa, una humanidad que seguro tiene

un nuevo modo de pensar y que sin olvidar a aquellos que hoy ya no están intentará seguir adelante.

Al final, y aludiendo al refrán de que “no hay mal que por bien no venga”, es evidente el cambio en nuestro entorno, a lo largo de estos días hemos visto una mejora en la naturaleza, la fauna y la flora, sin saber qué ha pasado dieron un respiro para que el planeta se recupere de tanto daño que le hemos causado.

A partir de ahora viene una nueva cosecha, un fruto producto de la siembra que la población mundial ha gestado durante meses y que con ansias espera disfrutar.

Solo me quedan un par de meses para terminar los estudios, volver a mi patria y visitar la Unimagdalena para contarles personalmente cómo fue mi cuarentena en tierras gaditanas, por lo pronto les recuerdo lo que dice la leyenda: “Esto también pasará”.



Ilustración: Jaime Pomares Bravo

ME JODE SABER QUE NO SOY SUFICIENTE PARA ELLA

Javier Viloría

Cuelga el teléfono. Abre la nevera y saca una caja de helado. Se sienta en el sofá con las piernas cruzadas. Se abstrae. Tiene esta forma de perderse en el espacio cuando sufre. Crea laberintos en su mente y se pierde. Siembra minas en las esquinas de su alma.

Me jode saber que no soy suficiente para ella.

Esa noche estaba feliz. Yo era un cachorro y jugaba conmigo. Mordía sus manos con cuidado. Él miraba con ansiedad sus pechos despuntando que se notaban por la camiseta sin sostén. Ella sonreía por mi llegada. Él la tomó fuertemente por los brazos. Doblegó sus fuerzas y rompió su ropa con desesperación. Lamió sus teticas rosadas. Tocó su sexo adolescente y sintió las gotas de sangre derramarse en su mirada al ser penetrada por su verga envejecida.

La Covid-19 le hizo un favor al matarlo. Merecía sufrir más. Merecía sentir el odio de mil planetas chocando contra la parte baja de su espalda. Merecía ser

atravesado por mil vergas cada noche. Merecía vivir así eternamente.

Ha pasado media hora. Puedo escuchar su respiración quebrarse en el silencio. Siento que se ahoga.

Suena el teléfono. Responde. Le darán su título de médico en Unimagdalenia en un par de días. Deben enviar más soldados de batas blancas a la guerra.

Eran las cuatro de la tarde. Sus padres aún no llegaban del trabajo. Estaba sentada en el computador realizando sus tareas. Él se le acercó por la espalda. La sometió bruscamente y bajó su sudadera. Yo ladraba y nadie me escuchó. Vi cómo el miedo ponía estaciones en las calles de su vida.

El helado se ha derretido. Se levanta y lo pone en la cocina. Piensa. ¿En qué piensa? ¿En la gente que se muere por errores en los cálculos de Dios?

Reproduce una canción sobre el tiempo. Recuerdo que se me agotan los días. Mis dientes empiezan a caer. Me mira. Sonríe y luego llora. Sabe que con cada hora me pierde un poco más. Sé que con cada hora me pierdo un poco más.

Suena el teléfono. Responde. Es su madre. Lloro con desconsuelo por la muerte de su padre.

—Fue un esposo entregado. Un padre amoroso. Un abuelo ejemplar. Ni siquiera podremos despedirlo con decencia, afirma la señora.

Cuelga. Camina un poco y pone comida suficiente en mi plato. Toca mi cabeza y sonríe. Muevo la cola para decirle que la amo, para que sepa que mi mundo

se reduce a su existencia. Entra a la habitación y me cierra la puerta.

Me jode saber que no soy suficiente para ella.

Hace una semana vino a visitarla. Le trajo helado. Le chupaba los senos. Le besaba la espalda. Introducía los dedos temblorosos en su vagina. Intentó penetrarla pero su miembro no tuvo respuesta. Las arrugas lo consumieron. Ella solo se quedó en silencio, como de costumbre.

Han pasado dos días. Estoy en la entrada de la habitación. No ha salido en este tiempo y mi nariz nota leves cambios de olor en el ambiente.

Creo que olvidó el grado.

ACTA DEL JURADO

Universidad del Magdalena
Programa Editorial
Acta del Jurado
**Concurso de Micro-relatos “La vida en tiempos
de Covid-19”**

El jurado del concurso, luego examinar los textos participantes, acordó de manera unánime el siguiente fallo:

Primer lugar:

“En mayo florecen los jazmines”

Martiniano Acosta Acosta

Segundo lugar:

“Tinto de un día para otro”

Hernando Ávila

Tercer lugar compartido:

“El trapo rojo”

Jorge Reyes

“Veinte minutos”

Ana Salas

En los textos ganadores el jurado reconoce calidad literaria, conocimiento de las técnicas del género e invención narrativa en la presentación de las peripecias, incertidumbres, desafíos y conflictos que enfrentan sus personajes por cuenta de la Covid-19 y el confinamiento decretado por las autoridades del país y locales.

Asimismo, el jurado elige como finalistas por sus méritos literarios y narrativos los siguientes textos (Anexo Único).

El jurado resalta finalmente el acierto de las directivas de la Universidad del Magdalena al convocar y organizar el concurso: una iniciativa que confirma además el enorme potencial creativo y literario de su comunidad. El elevado número de participantes y la calidad literaria de los textos ganadores y finalistas ratifican sin dudas el vigor del género cuento entre las nuevas generaciones de lectores y escritores del Magdalena.

En Santa Marta, a los nueve días del mes de mayo de 2020,

El Jurado

Ivethe Rocío Noriega

Gustavo Arrieta

Clinton Ramírez C.

ANEXO ÚNICO

Finalistas

“Memorias grises”
Tatiana Hernández

“La soledad es mala consejera”
Yenny Blanco

“El abuelo”
Johnny Verbel

“Punto de quiebre”
Leiner Benavidez

“Manuscrito encontrado en un computador”
Nelson Cárdenas

“El virus”
María Camila Canchila

“Días de pandemia”
Isabela Figueroa

“Una crónica en tiempo de Covid”

Hugo C. Pérez

“¿Le tomaste bien la prueba?”

José A. Guerra

“Ay, papi, tú sabes”

Javier Gámez

“Cuatro paredes viejas”

María Daniela Pérez Ruiz

“Adiós a la calma de la cuarentena”

Lina Martes

“El aislamiento de la viajera”

Stephanie Castro

“Cuarentena en tierras gaditanas”

Richard Gélvez

“Me jode saber que no soy suficiente para ella”

Javier Viloría

AUTORES GANADORES Y FINALISTAS

Ganadores

Martiniano Acosta Acosta

Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico. Máster en Creación Literaria de la Universidad Internacional de Valencia, España. Docente catedrático de la Universidad del Magdalena. Directivo docente del Instituto de Educación Distrital Hugo J. Bermúdez. Ha publicado con la editorial de la Universidad del Magdalena: *Bolsa de Valores* (2008), *Historias perversas para contarte*, cuentos (2018) y *Cuentos felinos II* (2019).

Hernando Ávila

Abogado de la Unimagdalena. Las letras, la oralidad y la filosofía constituyen sus aficiones normales. Admirador y practicante de la prosa poética. Adelanta estudios de Maestría en Derecho Penal y Criminología y sirve como miembro del cuerpo de Defensores Públicos de la Regional Magdalena.

Jorge Reyes

Ingeniero. Docente, cursa estudios de maestría. En sus ratos libres disfruta y explora la música, los videojuegos, el cine, la pintura y literatura.

Ana Salas

Santa Marta, Colombia, 29 de junio del 2000. Amante del deporte. Antropóloga en formación, perteneciente al semillero de investigación Oraloteca, autora del artículo: “Fútbol femenino: un gol al machismo. Una mirada global y local a los procesos de violencia e inequidad de género”. Becaria deportista, y actual lidereza juvenil de la colectiva feminista Sororidad Activista.

Finalistas

Tatiana Hernández

Bióloga de profesión con experiencia en el comportamiento y diversidad de aves, anfibios y reptiles. Es miembro de una fundación en pro del bienestar de los animales. En la actualidad elabora una propuesta para estudios de posgrado.

Yenny Blanco

Nacida en 1983 en Bucaramanga (Santander), licenciada en español y literatura de la UIS, Maestra en Educación del Tecnológico de Monterrey de México; docente universitaria en las áreas de humanidades y filosofía.

Johnny Verbel

Nació el 25 de Julio de 1992 en Sabanagrande, Atlántico, Colombia. Odontólogo. Hizo parte del taller literario de la Universidad del Magdalena “TALIUM”. Integrante del grupo “Café con sabor a poesía”.

Leiner Benavidez

Biólogo de profesión con experiencia en temas de consultoría ambiental y diversidad de artrópodos marinos y terrestres. Su principal campo de acción es el estudio de tarántulas. En la actualidad se dedica a la redacción de una novela de fantasía.

María Camila Canchila

María Camila Canchila Geney, nació el 14 de diciembre del 2002 en Sincelejo-Sucre, su atracción y gusto por la lectura empezó desde que estaba en primaria, ha escrito poemas cortos para concursos académicos en la escuela, actualmente se encuentra estudiando Medicina en la Universidad del Magdalena.

Isabela Figueroa

(Brasil, 1971). Es abogada especializada en derechos humanos, investiga sobre derechos humanos, especialmente los derechos culturales de los pueblos indígenas y las poblaciones tradicionales. Está radicada en Santa Marta y es docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Magdalena.

Nelson Cárdenas

(Santa Marta, 1991) Ingeniero electrónico y maestrante en ingeniería. Aficionado a la escritura, la ilustración, la programación y la inteligencia artificial. Inventar ha sido una de las formas básicas de su actuar desde temprana edad. Reciente participante del taller de escritura creativa “Cronistas del Tayrona”.

Hugo C Pérez

Oriundo de Candelaria Magdalena. Licenciado en Educación Básica con énfasis en Informática, egresado de la Universidad del Magdalena. Vive en Plauto, Magdalena.

José A. Guerra

Nacido en Ciénaga, Magdalena. Participó en el Parlamento Internacional de Escritores en Cartagena en el año 2018. Autor de los libros *Clínica Norman* y *El Personero*. Estudia Medicina en la Universidad del Magdalena.

Javier Gámez

Fundación, Magdalena. Hizo parte del taller literario de la Universidad del Magdalena TALLIUM, donde ha sido publicado en dos antologías. Ha sido merecedor de varios premios literarios a nivel regional e internacional. Su libro *Cazadores de Nubes* ha sido publicado por la editorial de la Universidad del Magdalena.

Mara Daniela Pérez Ruiz

Nacida el 24 de marzo del año 2000 en Puerto Libertador, Córdoba. Estudiante del programa de Derecho en la Universidad del Magdalena. Sus tiempos libres los dedica a leer, a creerse escritora y disfrutar la vida.

Lina Martes

Nacida en el año 1992 en Sabanalarga Atlántico y adoptada por Maicao La Guajira desde los 3 años de edad, Odontóloga de la Universidad del Magdalena (2014), especialista en auditoria en salud en el año 2018, lideresa asistencial de salud en la comunidad Wayuu desde el 2016, creadora de contenido literario y motivacional en redes sociales. Escritora del proyecto literario “El superlector”.

Stefanny Castro

Nacida en Malambo (Atlántico) el 20 de agosto de 1987. Es abogada egresada de la Universidad del Magdalena y MSc en Cooperación Internacional de la Universidad Sapienza de Roma. Recopila sus memorias de viajes, colabora para blogs y comunidades virtuales de mujeres viajeras creando contenidos sobre en viajes en solitario. Catedrática en la Universidad del Magdalena.

Richard Gélvéz.

San José de Cúcuta, 1994. A sus 19 años se trasladó a Santa Marta para estudiar Educación Física y Depor-

tes en la Universidad del Magdalena, en donde recibió una beca internacional para cursar estudios de Especialidad en Entrenamiento Deportivo en la Université de Nantes (Francia). Licenciado en Educación Física y Deportes de la Universidad de Pamplona. Cursa el Master Business Administración de la Universidad de Cádiz (España).

Javier Viloría

Estudiante del Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad del Magdalena. Administrador de Empresas de la Universidad del Magdalena. Investigador Junior de Minciencias. Miembro del Grupo de Investigación en Gestión Pedagógica Transformadora (GEPET) y del Grupo de Investigación en Gestión de las Organizaciones (GIGO) de la Universidad del Magdalena. Catedrático del Instituto Nacional de Formación Técnica Profesional Humberto García Velásquez (Infotep, Ciénaga). Integrante del Taller Literario de la Universidad del Magdalena.



Se diseñó y diagramó en la Editorial Unimagdalena.
Se imprimió en los talleres de Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.
carrera 69H No. 77-40. Bogotá D.C., Colombia.

Esta publicación hace parte de la colección Humanidades y artes,
serie: Literatura y estudios literarios
En su composición se utilizaron caracteres Myriad Pro y Minion Pro.
Su portada va en papel propalcote de 240 gramos y las páginas interiores
en papel book cream 70 gramos y propalmate 90 gramos.
Formato 13 x 20 cm.